

Las muertes de Salvador Allende. Formas de entender la masculinidad en la militancia socialista 1932-1973/ 2023¹

The Deaths of Salvador Allende. Understanding Masculinity in Socialist Militancy 1932-1973/ 2023

Nicolás Acevedo Arriaza²

Recibido: 23 de marzo de 2024. Aceptado: 5 de julio de 2024.

Received: March 23, 2024. Approved: July 5, 2024.

RESUMEN

El siguiente artículo busca entender la formación de la militancia socialista, mediante la integración del enfoque de género, a partir del debate en torno a la muerte de Salvador Allende. Mi hipótesis plantea que una parte de la militancia socialista y su entorno familiar se niega a la tesis del suicidio de Allende porque esta acción no calzaría en el estándar de la *masculinización* de la política, que los socialistas venían desarrollando desde su constitución como colectividad. Para esto se analiza tres momentos: una primera parte se revisa el debate en torno a su muerte en clave asesinato; la segunda en clave suicidio y la tercera enfocada en mi propuesta en torno a las formas de entender las masculinidades en la militancia de los socialistas, en donde se integra Salvador Allende y otros dirigentes.

Palabras clave: Partido Socialista, Salvador Allende, Masculinización de la política, Militancia.

ABSTRACT

The following article seeks to understand the formation of socialist militancy, through the integration of the gender theory, based on the debate about death of Salvador Allende. My hypothesis is that a part of the socialist militancy and their family rejects the thesis of Allende's suicide because this action would not fit the standard of the masculinization of politics, which the socialists had been developing since their constitution as a party. For this, three moments are analyzed: the first part reviews the debate around his death in terms of his murder; the second in suicide code and the third focused on my proposal around the ways of understanding masculinities in the militancy of the socialists, where Salvador Allende and other leaders are integrated.

Keywords: Socialist Party, Salvador Allend, Masculinization of politic, Militancy.

1 ANID, Fondecyt posdoctoral N° 3240037. Agradezco a Angela Vergara, Brian Loveman y Jorge Rojas Flores por sus comentarios.

2 Universidad de Santiago de Chile. nicolas.acevedo.a@usach.cl

Introducción

Al cumplirse cincuenta años del golpe militar de 1973, nuevamente reflataron antiguos debates sobre el gobierno de la Unidad Popular y su responsabilidad en la pérdida de la democracia (Sepúlveda, 2020; Mansuy, 2023; Martínez, 2023; Amorós, 2023). En torno a la figura de Allende, los estudios han ido cambiando de acuerdo al contexto histórico y cultural en el cual han sido escritos (Del Pozo, 2017). Entre ellos la reedición de una investigación periodística que ponía en cuestionamiento la autopsia que validó la tesis del suicidio, insistiendo en la versión de un asesinato (Marín y Ravanal, 2023). Apoyado en el análisis del médico Luis Ravanal, Francisco Marín analizó el actuar de Allende desde el día 11 de septiembre en la madrugada hasta su muerte. En un tono dramático, Marín escribió:

“Ese 11 de septiembre, Allende tomó el casco y el fusil con la seguridad del actor que sale a escenificar una pieza para la que se preparó toda una vida. Lo dijo muchas veces: ‘Yo no me voy a rendir, sólo acribillándome a balazos podrán doblegarme’. Su decisión fue combatir” (Marín y Ravanal, 2023, p. 47).

Marín se basó además en el discurso de Beatriz Allende, quién tempranamente afirmó que su padre fue abatido por los soldados que atacaron La Moneda. Esta versión se configuró como una “verdad histórica”, que con el tiempo se fue rechazando, aunque que todavía existe una minoría que la defiende (El Mercurio, 22 de abril de 2023, Cuerpo C, p. 4; Mansuy, 2023, pp. 244-250). A contrapelo se han publicado nuevos testimonios, como los médicos Oscar Soto, Arturo Jirón, Patricio Guijón y Patricia Espejo que contradicen la teoría del asesinato. En el caso de Espejo, secretaria personal de Allende, escribió en sus memorias que acompañó a Beatriz en su primera conversación con Fidel Castro para determinar que había pasado con el presidente aquel 11 de septiembre.

“Yo percibí que la Tati se sintió más cómoda con esa versión de lo ocurrido. Era menos complicado decir que a Allende lo habían matado, a aceptar que se había suicidado. Sobre todo, en Cuba, todavía en septiembre de 1973. Allá, en esos tiempos, el suicidio, para el pueblo, era sinónimo de debilidad y cobardía. Y de ahí viene ese primer discurso de Tati en La Habana, donde dicen que lo mataron. No habla de suicidio. Ella no sabía bien lo que había pasado. No era una cosa tan clara en ese momento (...) Bueno, ¿y qué vamos a hacer? No hay otra información (...) Ella fue valiente, capaz de hablar sin llorar. Hizo un discurso muy lindo, trabajamos muchas horas en él (...) por eso todavía hay mucha gente que dice que al presidente lo mataron los militares” (Espejo, 2020, pp. 179-180).

Las declaraciones de Patricia Espejo dan cuenta de lo conflictivo que fue para la familia de Allende y la militancia socialista, la tesis del suicidio, entendiendo que en un comienzo existía escasa información y un contexto dictatorial que obstaculizaba la formación de una “verdad histórica”. Así también lo ratificó Isabel Allende, argumentando que existió una ligereza en creer en el testimonio de un supuesto guardia personal que le comunicó a Fidel Castro que Allende había muerto combatiendo: “Sin embargo, en ese momento no teníamos mayor información para desmentirlo” (La Tercera, Santiago, 29 de mayo de 2011, p. 3.). ¿Por qué resultó tan incómodo para su familia y la militancia socialista aceptar la versión de suicidio de parte de Salvador Allende? ¿Cómo estudiar esta negación desde una perspectiva histórica de las militancias?

El siguiente artículo no tiene como objetivo discutir cual fue el origen de la muerte de Salvador Allende, ya sea en clave suicidio o en clave asesinato, sino por qué la militancia socialista y su familia decidió rechazar la opción de suicidio y cómo esto se relaciona con la constitución de una masculinidad asociada a la militancia socialista. De manera, que mi opción no estaría en analizar los argumentos técnicos, balísticos o de conocimientos de la autopsia, sino poniendo atención en las concepciones de las masculinidades que se practicaron en el desarrollo de las prácticas políticas en el siglo XX. Mi hipótesis plantea que al comienzo esta negación a la tesis del suicidio de Allende responde a que ésta no calzaría en el estándar de la *masculinización de la política*, que los socialistas venían desarrollando desde su constitución como colectividad. Dicha propuesta está registrada en una historia socio-política, entendida como una derivación de la historia social, pero que se orienta al estudio de organizaciones sociales y militancias políticas, relacionándolos con los conflictos laborales y el Estado (Illanes, 2019; Álvarez, 2019, pp. 9-20). Es por esto que he querido escribir desde la unificación de dos debates historiográficos en América Latina: por un lado, los estudios de las militancias de izquierda; y por otro, los estudios de género, especialmente en torno a las masculinidades.

Proliferado en los últimos años, los estudios de las militancias en América Latina han ampliado la concepción de “la política” -centrada anteriormente en el análisis de los partidos políticos, sus programas y dirigentes-, trasladando el foco a la relación de sus integrantes con los movimientos sociales, el género, la raza y las clases (Pozzi, 2004; Leibner, 2011; Pozzi y Pérez, 2012; Asencios, 2016; Carnovale, 2018; Young, 2019, pp. 1-9; Marchesi, 2019; Peller, 2023). Ejemplos de ello han sido las investigaciones de Miguel La Serna en torno a Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, donde las organizaciones son analizadas desde las trayectorias de sus dirigentes, pero también de militantes de base, integrándolas al contexto nacional, internacional y la vida cotidiana (La Serna y Starn, 2021; La Serna, 2023). En el caso chileno, desde la década de los ochenta del siglo pasado, autores como Norbert Lechner (2002) han dado cuenta de la relevancia de las subjetividades al desarrollo de la política, tomando en cuenta de los deseos y temores de quienes la construyen. A partir del retorno a la democracia, la historia política logró reposicionarse, pero mediante el estudio de las militancias, sus redes y cultura política, sin descartar los aportes de la historia social y cultural (Ulianova, 2009, pp. 9-12; Moyano, 2010; Grez, 2007; Valdivia, 2018; Muñoz, 2017; Rosas, 2022).

En el caso de los estudios de género y en específico en torno a las masculinidades, estos han sido ampliamente desarrollados más en las ciencias sociales que en campo de la historiografía (Valdés y Olavarría, 1998; Madrid, Valdés y Celedón, 2020). Aunque tomando ciertas distancias de las teorías eurocéntricas, dichos trabajos fueron influidos por Bourdieu (2000) y Connell (2015), quienes desde Gramsci plantean la existencia de múltiples masculinidades, unas más hegemónicas que otras. En mi caso, inspirado en los trabajos de Alejandra Oberti (2015), Isabella Cosse (2017) y Heidi Tinsman (2018), he querido abordar el estudio de las militancias de izquierda, pero evaluando en qué medida estos responden a formas tradicionales de familia y la exaltación de “una imagen viril y heterosexual” (Cosse, 2019, p. 827). En Chile, los primeros trabajos sobre masculinidades provinieron de la antropología y la sociología, salvo los historiadores Marco Fernández con sus estudios sobre la prisión, la violencia delictual y el alcoholismo como claves de identidad masculina (2000, pp. 47-58; 2003); y últimamente el libro de Pedro Acuña sobre la configuración de ideales masculinos mediante el deporte (2021). De esta forma, el siguiente artículo tiene como objetivo discutir las prácticas de género que se ejercen en la acción política y cómo estas influyen en la construcción de las militancias en la izquierda, pero en participar en los socialistas.

La estructura está construida a partir de tres temporalidades: Una primera que aborda el período entre 1973 y 1991, donde la familia de Allende y un conjunto de la militancia socialista sostuvieron públicamente la tesis de que el presidente combatió hasta que fue asesinado. Esto lo abordaré a partir de la revisión de prensa, testimonios y el boletín *Unidad y Lucha*, órgano del Partido Socialista de Chile entre 1977 y 1989. Una segunda temporalidad se abriría con el retorno a la democracia, donde la tesis del suicidio fue tomando fuerza, tanto en testimonios de los cercanos de Allende, como sus familiares y los militantes socialistas. Para esto, me basé en la revisión de prensa e investigaciones entre 1990 y 2011. Finalmente, propongo una última temporalidad en donde la vida y muerte de Salvador Allende fue abordada desde una explicación histórica más compleja, que integra tanto su actividad pública y privada. Ahí sostendré que la negación del suicidio por parte de familiares y socialistas se explicó primeramente porque esta acción no calzaba con las prácticas de género que constituyeron la militancia socialista, marcada por lo que denomino la “masculinización de la política”. En este caso me enfocaré en la trayectoria militante de Allende, aunque también en otros de sus camaradas, mediante una amplia bibliografía y prensa, como también en los documentales de Patricio Guzmán y Marcia Tambutti.

Una muerte en combate. ¿El mito del asesinato? (1973-1987)

“The say that Allende committed suicide... díganme si entienden”. Así le comunicó el vicealmirante Patricio Carvajal a Augusto Pinochet la información en torno al deceso de Salvador Allende (Verdugo, 1998, p. 170). El exmandatario se habría suicidado en el salón Independencia, luego de despedirse de sus camaradas que resistieron junto a él el bombardeo a La Moneda. Aunque en un comienzo dicha noticia se mantuvo en reserva, prontamente la Junta Militar la comunicó públicamente para evitar ser acusados de su asesinato (Verdugo, 1998, p. 185). Eran horas de confusión y desinformación. Así lo dejó ver la propia Hortensia Bussi cuando le escribió a su hija Beatriz el día 12 de septiembre de 1973: “Hoy ha sido un día más horrible que ayer”. Venía de sepultar a su esposo en el cementerio Santa Inés (Viña del Mar), con la compañía de Eduardo y Patricio Grove y Laura Allende. “No accedieron a destaparlo como pedí, para tocarlo y darle el beso de despedida”. El día anterior tuvo la esperanza que su esposo hubiese podido salir de La Moneda. “Me acosté sin saber que se había suicidado, pero siempre pensando en quienes estaban con él, si estaría herido, si se había salvado” (Álvarez, 2017, p. 173).

A los pocos días, estando en Cuba, Bussi se reencontró con su hija Beatriz, cambiando de parecer. La versión oficial la entregó su hija frente a miles de personas en la Plaza de la Revolución (La Habana) el 28 de septiembre de 1973. En un histórico discurso, Beatriz expuso la actitud de su padre frente a los militares: “cayó como un soldado de la revolución, sin claudicaciones de ningún tipo”. Ante una pausa el público interrumpió con aplausos, prosiguiendo que Allende tenía “la absoluta confianza” que el pueblo “se sobrepondría (...) y que lucharía sin tregua hasta conquistar la victoria definitiva... dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber” (Discurso de Beatriz Allende, 1973). A la vez, el líder cubano lo ratificaría de la siguiente manera: “Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo, que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable, hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y sus cómplices. ¡Así se es revolucionario! ¡Así se es hombre!” (Benítez, 2009, p. 78). La afirmación que Allende habría muerto en combate, más que una verdad abso-

luta, fue un mensaje necesario para quienes deseaban comenzar un largo proceso de resistencia, contando con el apoyo de Cuba y el bloque soviético. A la vez representaba la afirmación de que el ex mandatario había sido consecuente y fiel a sus principios. Así nació el mito del asesinato de presidente, el cual se extendió por casi diecisiete años.

Uno de los primeros libros que planteó esta versión fue de Robinson Rojas (1974), quien acusó a la Junta Militar de montar la tesis del suicidio con la ayuda de un médico personal de Allende, que lo encontró muerto. Según Rojas, el doctor se habría aprendido su parlamento entre “las tres y cuatro de la tarde” y fue dejado en libertad condicional en diciembre de ese año producto de su colaboración (pp. 40 y 68). El testigo en cuestión era Patricio Guijón, quien junto a otros médicos estuvieron presentes en el bombardeo a La Moneda. Siendo detenido por las F.F.A.A. fue llevado a Isla Dawson junto a otras autoridades de la Unidad Popular como Clodomiro Almeyda y José Tohá. Desde su relegamiento dio su testimonio a la cadena BBC en diciembre de 1973. “Yo estaba más o menos a la distancia que medía el corredor, en el otro extremo. Pero lo vi sentado cuando se voló la cabeza” (The day Democracy Died in Chile, 1973). Acusado de recibir beneficios de la Junta Militar por su “falso” testimonio, Guijón repitió su versión en 1984: “Lo que yo conté es exactamente lo que viví. El suicidio fue con la metralleta con que él tenía (Cauce, N°24, 25 de septiembre de 1984, p. 12). ¿Por qué la militancia socialista y la familia de Allende no aceptó la versión del doctor Guijón?”

La resistencia a este solitario testimonio se puede explicar por múltiples razones. Una primera causa podría ser que la difusión de la noticia provino de las propias Fuerzas Armadas, la cual “estarían” interesadas en amancillar la moral de los seguidores de Allende. Según la historiadora Verónica Valdivia, la Junta Militar planteó una guerra psicológica, que hizo creer a la población que se estaba enfrentando a un “enemigo” fuertemente armado, el cual iba a instaurar una “República Democrática” al estilo Europa del Este, desacreditando los “rumores” y las “informaciones disonantes a la oficial” (Valdivia, 2010). En ese ambiente de confusión, sin libre expresión ni redes sociales, es entendible que la familia y los socialistas desconfiaran de la *palabra militar*. La propia Hortensia Bussi afirmó no haber examinado su cuerpo, siendo sus funerales en absoluta reserva en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar (Miano, 2023). Así lo recuerda Laura Allende, hermana del mandatario, entrevistada en 1980:

“Tuvimos el consuelo de saber que al día siguiente los pobladores de Santa Inés quisieron entrar al Cementerio, se abalanzaron sobre las rejas y fueron rechazados por los militares. Querían saber si era cierto, porque no podían convencerse. Algunos de ellos fueron detenidos” (Varas, 2010, pp. 97-98).

Aunque Laura Allende no menciona las causas de la muerte de su hermano, si lo hará, en ese mismo año, su viuda Hortensia Bussi: “Salvador murió combatiendo en La Moneda, como incluso, puso fuera de combates algunos tanques con tiros de bazooka” (Varas, 2010, pp. 181-182). Bussi reprodujo las versiones que sus hijas habían transmitido en esos años. Años antes su hija Isabel lo planteó en el periódico *Unidad y Lucha* en 1977:

“De una cosa estoy segura: mi padre no se suicidó ¿Quién lo mató? Uno de sus compañeros, que se quedó con él pero que no pudo salir después, me dijo que fue un capitán (...) Mi padre pidió a sus guardias que se rindieran, pero éstos rehusaron. La mayoría murieron con él luchando, como a las 2 de la tarde, y los que quedaron con vida fueron fusilados en el Palacio” (Unidad y Lucha, N° 23, sept. 1977, p. 20).

Actualmente sabemos que sólo Allende y el periodista Augusto Olivares murieron dentro en La Moneda, ambos por decisión propia. La propia Miria Contreras (*Payita*) se lo escribió a Beatriz desde la embajada de Cuba en noviembre de 1973: “Yo volví al pasillo donde había quedado tu padre y sentí los disparos de metralleta” (El Ciudadano, 6 de septiembre de 2023). No había militares en el segundo piso. Pese a esto, *Payita* no mencionó públicamente esta información.

Otra explicación para la negación del suicidio tendría un carácter político. Que Allende haya muerto combatiendo era un estímulo a la resistencia, una *muerte necesaria* para lo que vendría. Producto del carácter que tuvo el golpe de Estado en materia represiva, la militancia de izquierda se replegó, tomando diversos senderos: el exilio, el refugio en espacios parroquiales y aprendiendo a una reconstrucción en un escenario de clandestinidad (Álvarez 2003). Las palabras de Beatriz Allende, producidas antes de su muerte, resumen esta concepción:

“El ejemplo más grande de heroísmo que alguien pueda dar - diría en 1977-. Pero junto a él había otros compañeros en La Moneda, en las fábricas y en las industrias. Es un pueblo que escribe una página de intransigencia revolucionaria (...) Allende está a la cabeza- que plantea ese día el derecho de defender un proceso revolucionario. Fuimos derrotados transitoriamente, pero ese principio es válido. Por lo tanto, en el futuro, sólo seremos capaces de construir una verdadera revolución en la medida que sepamos no sólo conservar y consolidar, sino defender. Creo que es el mensaje de Allende: defender la revolución con todos los métodos de lucha” (Witker, 1990, p. 151).

La actitud de Allende y su asesinato fue percibido como un requisito para la génesis de una resistencia a la dictadura. Al contrario, la aceptación del suicidio contradecía la conducción de Allende de la “verdadera revolución... [con] todos los métodos de lucha” (Witker, 1990, p. 151). Las palabras de Beatriz se produjeron en el contexto en que la Junta Militar discutía su futuro entre un proyecto corporativista o neoliberal (Valdivia, 2003). Despejado ese conflicto interno, con la salida de Leigh, quedó claro en la oposición que la dictadura se iba a extender por muchos años. En una parte de la izquierda comenzó a ganar las posiciones en torno a “todos los métodos de lucha”, como fue el caso del Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS) liderado por Clodomiro Almeyda (Rojas, 2011; Rojas, 2023; Valdés, 2024). Este último, bajo el escenario de las protestas populares de 1983, anunció que se debía seguir el camino de “nuestro Presidente, el compañero Allende [que] cayera en combate resistiendo a la asonada militar fascista” (Unidad y Lucha, N° 70, septiembre 1983, p. 4). La imagen de Allende resurgió en banderas, afiches y portadas de revistas de la oposición, siendo utilizada por los socialistas como un aliciente para la derrota de la dictadura (Imagen 1). Esta, según Almeyda, no caería “sola”, sino que sería producto de la “Protesta, el Paro, la desobediencia civil, la creación de un clima insurreccional (...) Esas ideas son un llamado a la acción y al combate, a la organización y a la responsabilidad” (Unidad y Lucha, N° 80, enero de 1985, p. 5). Al año siguiente, el órgano oficial del PS Almeyda reforzó que “la actitud final de Allende de resistir a las tropas golpistas metralleta en mano, representa por sí solo un irrefutable argumento acerca de los métodos de lucha que Allende consideraba legítimos y adecuados para enfrentar la barbarie fascista” (Unidad y Lucha, N°90, enero de 1985, p. 5). Finalmente, ya sea por el fallido atentado a Pinochet o por la aceptación a participar del plebiscito de 1988 de una parte de la oposición política, la opción insurrección o de sublevación nacional fue perdiendo fuerza, coincidiendo con la aceptación paulatina de la tesis de suicidio de Allende. ¿Fue pura coincidencia?



Imagen 1. Unidad y Lucha, N° 82, mayo de 1985 (Biblioteca Clodomiro Almeyda).

Una muerte honorable. ¿El suicidio como reconciliación? (1987-2013)

Una de las primeras publicaciones que abrió la opción del suicidio fue el libro *Isla 10* de Sergio Bitar. Aunque escrito doce años antes de su publicación en 1987, dichas memorias mencionan el relato que los médicos Arturo Jirón y Patricio Guijón hicieron sobre la muerte de Allende, dando a entender que fue por iniciativa propia (Bitar, 2018, p. 67). En declaraciones a la prensa, Bitar comunicó que el objetivo de su testimonio era contribuir a la “reconciliación” sin “odio” ni ánimo de “revancha” (El Mercurio, 7 de agosto de 1988, Cuerpo D, p. 9). En ese sentido, el aceptar la versión del suicidio podría verse como una minimización de la responsabilidad de los militares. Al contrario, para Miria Contreras, la aceptación del suicidio de Allende no tenía que ver con la necesidad generar un relato de “reconciliación”, sino con una verdad que por mucho tiempo no era conveniente reconocer. Así lo relató a *Semana*, una revista colombiana en 1988:

“Cuando conseguí dejar Chile y venirme a Cuba, a nadie le gustó mi versión del suicidio de Salvador. No sabía que no podía ni siquiera mencionarse. Solo los militares y la extrema derecha hablaban de suicidio en aquel tiempo. Pero yo lo vi muerto unos pocos segundos antes de que los soldados entraran al Palacio Presidencial. Nunca he entendido como las imágenes pudieron alterar el hecho de su suicidio” (Benítez, 2009, p. 101).

Ese mismo año, Ignacio González (1988) publica *El día en que murió Allende*, donde relata que Allende se habría matado luego de pedirle a todos quienes combatieron con él que se entregaran. Con el retorno a la democracia, la muerte de Allende continuó siendo difícil de procesar, incluso para sus colaboradores más cercanos. Uno de ellos, el periodista Carlos Jorquera, publicó en 1990 una crónica íntima sobre Allende, pero sin mencionar las razones de su muerte (Jorquera, 2023, p. 309). Años antes, su secretario privado, Osvaldo Puccio (1985), también obvió ese momento en sus memorias (pp. 284-286). Sin embargo, para el detective David Garrido la situación era clara. Mientras bajaba hacia la puerta de calle Morandé 80, escuchó: “Allende no se rinde, y de inmediato dos o tres balazos” (Análisis, 15 de enero de 1990, p. 35). Las reacciones fueron variadas. Para Clodomiro Almeyda pese a todo los culpables eran las FFAA: “Ellos fueron los que ocasionaron todo un clima de enfrentamiento que culminó con el bombardeo de La Moneda” (La Época, 26 de agosto de 1990, p. 10). Igualmente, Jorge Arrate, presidente del PS en ese momento, la manera como ocurrieron los hechos era “irrelevante”, ya que Allende había entregado su vida por sus ideales (La Tercera, 9 de septiembre de 1990, p. 10). Con los años recordará que lo de “irrelevante” sonaba más bien a incomodidad. “En los primeros años después de la derrota nunca quisimos creer que Allende se hubiera suicidado. Sentíamos orgullo porque había cumplido con su palabra y no había aceptado salvar la existencia a cambio de la rendición” (Lawner, Soto y Schatan, 2008, p. 27). Carmen Lazo, fue más explícita, su muerte representaba “la consecuencia y fortaleza moral del Presidente Allende, quién murió de su propia muerte” (La Segunda, 22 de junio de 1990, p. 13). Años más tarde resignificó la muerte de Allende como un acto de honor: “Él no dudo en matarse, y eso, por lo menos a mí, me produce un profundo respeto, porque es la vida” (Biblioteca del Congreso Nacional 2008).

Pero no fue hasta la publicación del informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación cuando la familia admitió el suicidio. Según este informe, liderado por Raúl Retting, Allende “se quitó la vida” (Informe 1991, p. 118; Ferrada 2021). Con ello, Isabel Allende admitió haber cometido un error de confiar en un testimonio errado. “Si hubiera muerto en un enfrentamiento, como en algún momento se pensó, todo habría sido distinto. Pero no fue así. Su decisión fue quedarse hasta el final y evitar muertes inútiles” (La Nación, 15 de septiembre de 1991, p. 7). ¿Por qué se dio ese cambio? Así lo explica Isabel en 1993:

“La verdad es ésa ahora. Solo cuando llegó la democracia y pudimos organizar el traslado de sus restos, fue posible hacer un proceso a través del cual el doctor Arturo Girón pudo constatar que, efectivamente, Salvador Allende había preferido morir, antes que entregarse vivo... creo que eso lo enaltece aún más como figura” (La Tercera, 6 de junio de 1993, p. 7).

A esta constancia se sumarán los testimonios de los propios testigos, quienes no quisieron mencionar antes. Uno de ellos fue el doctor Oscar Soto, quien se enfoca en los últimos momentos del presidente. Ahí da cuenta del debate público sobre su muerte, argumentando: “qué importa si el presidente apuntó hacia él su arma o si fue ametrallado por algún oficial. Lo asesinaron, de todos modos”. Pero más adelante no descarta el suicidio: “su decisión última no fue fruto de la depresión o el desaliento, sino de la firme creencia de que, sin importar cuanto amara la vida” (Soto 1999, pp. 386-391). La detención de Pinochet en Londres ayudó a reflotar, en palabras de M. Angélica Illanes, “la batalla de la memoria” (2002), evidenciándose en la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado, con una masiva asistencia a decenas de foros y seminarios (Winn 2014 pp. 235-236). Así se explica, en este nuevo contexto, que personas que

no habían hablado públicamente, dieran esta vez su testimonio. Por ejemplo, el doctor Arturo Jirón, quién entrevistado en el 2003, comentó en los años noventa habló con Hortensia Bussi:

“Fundamentalmente por el problema que [ella] tenía con el Dr. Patricio Guijón, quien siempre dijo que el Presidente se había suicidado, y yo también lo había visto muerto y daba fe que lo que había dicho Guijón era la verdad. Fui a hablar con ella, y le dije, ‘Tencha, lo que dice Guijón es cierto, el Presidente se suicidó. ¡Yo lo vi muerto!’” (Zerán, 2009, p. 76).

Jirón no fue el único. El médico José Quiroga afirmó que fueron seis los testigos de la muerte de Allende, pero que nunca quisieron mencionarlo, con excepción a Guijón.

“Yo por años negué que me hubiera afectado, que me tocó a mí, hasta que empecé a escribir la historia. Y ahí el tener que revivir el proceso fue muy duro (...) Nosotros nunca nos pusimos de acuerdo, nunca. Fue una decisión que todo el mundo tomó, de no hablar. Primero, porque nadie nos preguntó. Segundo, porque espontáneamente no íbamos a decir” (La Nación, 12 de septiembre de 2003, p. 7).

A partir de estas nuevas declaraciones, la familia Allende-Bussi se abrió a la posibilidad de una exhumación de los restos de Allende y un nuevo informe forense. Dos años más tarde el juez Mario Carroza dio por cerrado el caso, afirmando que no había evidencia de la participación de terceros en la muerte de Allende (La Nación, 14 de mayo de 2013). En esa oportunidad la familia aceptó la decisión: “El país tiene plena certeza jurídica de algo que teníamos convicción: el acto del presidente Allende de inmolarse en lugar de dejarse humillar”, diría Isabel Allende (Radio Universidad de Chile, 16 de mayo de 2013). Se cumplían cuarenta años de los sucesos, renovándose nuevamente los debates en torno al golpe y los recuerdos. En ese contexto, el periodista Francisco Marín refutó la investigación de Carroza, argumentando que la autopsia realizada en el 2011 dio cuenta de dos armas implicadas. Otra investigación de ese mismo año, de la periodista Maura Brescia, plantea una hipótesis similar, mostrando el suicidio como un montaje generado desde las Fuerzas Armadas (Brescia 2013). Lo que no mencionan Marín ni Brescia son los testimonios de los médicos Jirón, Guijón y Quiroga, ni las investigaciones de González (1988); Diana Veneros (2003) y Hermes Benítez (2009). Todas inclinadas a la tesis suicida. Veneros expresa que sería un sacrificio que buscaba “apaciguar la ira de los atacantes”, pero no fue comprendida de inmediato por sus cercanos (2003, p. 405). Pese a la reedición del libro de Marín en el 2023, la tesis del asesinato está siendo cada vez más obsoleta.

Pero creo que existió una razón más profunda en torno a la temprana negación del suicidio cometido por Allende: la masculinización de la política. Esta la entiendo como ciertos atributos y prácticas supuestamente masculinas, que estarían por sobre otros hombres y mujeres, justificando ciertos cargos y posiciones de poder dentro de un partido u organización política clase obrera. Es por esto, que el suicidio, no encajaría en este ideal masculino en el cual fue formado la militancia socialista, en la cual estaba inserto Salvador Allende. Mi propuesta, como expuse al comienzo, no es original, sino está inspirada en los trabajos de otras historiadoras de Argentina y Estados Unidos, como también las investigaciones de Alfonso Salgado (2016) en el caso de la militancia comunista; Olga Ruiz (2017) para la militancia mirista; Gina Inostroza (2022) en torno a militancia de mujeres de la izquierda chilena entre 1960 y 1980; y los trabajos de Tamara Vidaurrazaga y Javiera Robles (2021).

La masculinización de la política en la militancia del PS (1933-1973)

Aunque Salvador Allende no fue fundador del PS en Santiago, sí organizó la Seccional de Valparaíso donde ejercía como médico en la Asistencia Pública desde 1932. Formado en abril de 1933, a partir de la unificación de diversas organizaciones socialistas y después de la corta experiencia de la llamada República Socialista (junio de 1932), el PS se convirtió en uno de los partidos políticos más relevantes de la izquierda chilena en el siglo XX (Faúndez, 1992). Pese a la vocación de convertirse en el “destacamento de vanguardia de la masa trabajadora”, en la práctica estaba integrado en su mayoría por profesionales, trabajadores de industrias y militares, pero con el tiempo también incorporó a campesinos, mineros y a otro tipo de trabajadoras y trabajadores (Drake, 1992). Allende fue ejemplo de ese multiclasicismo, no teniendo la necesidad de proletarizarse para ser parte de su proyecto político. En materia electoral, al poco tiempo de existencia se constituyó en el partido de izquierda con mayor votación y cargos en los municipios y el Congreso Nacional, participando en diez gobiernos entre 1938 y 2023, incluyendo que tres de sus militantes fueron presidentes de la República (Salvador Allende, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet en dos períodos). Declarado como un partido marxista, anti imperialista e indo americanista, el PS buscó diferenciarse desde un comienzo del Partido Comunista de Chile (PCCh), quienes también buscaron representar a la clase trabajadora. Según Luis Zúñiga, dirigente del PS, la participación de los socialistas en el movimiento del 4 de junio de 1932, los convertían en conductores de las multitudes, pasando de un “conglomerado amorfo” a ser una “fuerza organizada y disciplinada, en agrupaciones de hombres conscientes de sus derechos y deberes, capaces de cumplir la trascendental misión de su liberación de clase” (Zúñiga, 1938, p. 14). Aunque los deseos de Zúñiga - de ser un partido disciplinado y libre de caudillos- estaban lejos de la realidad, su propuesta impulsa a analizar cuáles fueron las prácticas que constituyeron la formación de la militancia socialista y qué relación tendrían con las diferencias de género. Para Karin A. Roseblatt una parte del triunfo del Frente Popular y sus partidos de centro izquierda se debió precisamente a que construyeron un discurso moral hacia la clase trabajadora, considerando a los hombres como jefes de la familia y a las mujeres como subordinadas de sus esposos. El PS, que formó parte del gobierno de Pedro Aguirre Cerda tanto en ministerios como otras instituciones estatales, reforzó estas diferencias de género, dándole beneficios a los hombres mediante la Caja de Seguro Obrero y a las mujeres por medio de la Beneficencia Social (Roseblatt, 2000). Un ejemplo fue la creación del Departamento de Bienestar de la Madre y el Niño, que procuraba que “toda criatura venga a la vida en condiciones favorables y su madre pueda ser el mejor escudo para ese hijo que llegara a ser más tarde un ciudadano fuerte y útil a la colectividad” (Consigna, 9 de noviembre de 1940, p. 7).

No es que las mujeres socialistas hayan estado excluidas de parte de la política, de hecho, formaron la Acción de Mujeres Socialistas en 1937, pero sus tareas estaban más ligadas a la caridad y el fomento de las políticas de salubridad e infancia (Dellavale, 2021). De manera que nunca dejó de identificar a las mujeres con el trabajo de cuidado y las tareas domésticas, de hecho, muchas firmaban con el apellido de su esposo, como son los casos de Graciela Sch-nake (en realidad, Contreras); Amanda, viuda de Herrera Magaña y Margarita, viuda de Cornejo Jerez. Estas dos últimas fundadoras del PS.

Las mujeres eran quienes estarían acompañando la causa socialista, incluso si su marido muriera. Así fue el caso de Manuel Bastías y Julio Llanos, ambos miembros de la Federación

Juvenil Socialista (FJS) y que fueron asesinados por tropas nasis (Venegas, 2022). Según Gladys F. de Vidaurre, sus viudas, ambas con hijos pequeños, no se alejaron del socialismo, sino que cubrieron su hogar:

“con la bandera roja, símbolo de la nueva sociedad sin clases que ellos [sus parejas] pensaron construir y que no tuvieron la suerte de ver (...) La tarea emprendida por estas dos camaradas no ha sido interrumpida con la muerte de ellos, sino que continúa con más ímpetu, sus hogares han sido vitrificados con la savia animadora del socialismo, con jóvenes compañeras, son mujeres socialistas y como tales, estas contingencias en sus vidas no han hecho más que fortalecer sus convicciones” (Consigna, 30 de mayo de 1936, p. 2).

En la práctica los socialistas estaban por terminar con las desigualdades sociales antes que las de género. Así lo plantearon en el periódico socialista Acción de Nacimiento: “¡Campesinos! Si queréis defender vuestra mujer e hijos, debéis ingresar al gran Partido Socialista” (Acción, 15 de julio de 1933, p. 1). Pero, como mencionamos anteriormente, la “masculinización de la política” tenía que ver con darle ciertos atributos supuestamente masculinos para justificar unos liderazgos de algunos hombres por sobre otros. Y si bien, esto podía ser común en varias colectividades políticas, los dirigentes socialistas fueron muy explícitos para entregar los parámetros de legitimidad de sus líderes. A mediados de los años treinta, un escrito de *Consigna* lo estipula de la siguiente manera:

“Las revoluciones necesitan líderes, es decir, guías, conductores, jefes, caudillos, cabecillas, directores (...) No es posible una revolución sin líderes. Sería lo mismo que pensar en un buque sin comando (...) La mentalidad del pueblo es simple. Se mueve siempre alrededor de aquello que entiende, que le excita sus sentimientos y que tiende a satisfacer pronto sus necesidades más premiosas (...) El líder para que satisfaga a las masas debe reunir ciertas condiciones. En primer lugar, ha de ser de aspecto físico agradable, atractivos, simpático (...) Sus cualidades morales han de ser asimismo sobresalientes. El valor, la audacia, la temeridad, el arrojo son condiciones que apreciarán las masas. No importa que el leader no sea un grande orador. La vida del líder no ha de estar exenta de ciertos tintes movedizos. Persecuciones, prisiones, destierros, fugas llenas de peripecias; hazañas espectaculares; han de adornar sus actuaciones políticas y sociales. En fin, los líderes han de poseer todos los atributos del verdadero hombre (...) Grove es un leader socialista” (Consigna, 6 de abril de 1935, p. 3).

Esta explicación no deja a la duda, las mujeres quedaban fuera de las posibilidades de ser líderes, salvo si “masculinizaban” su actuar, y los hombres que quisieran liderar el socialismo debían cumplir con estos atributos, salvo homosexuales. Por lo cual propongo que existió en el PS una justificación de sus liderazgos, por medio ciertos atributos que combinaban aspectos del cuerpo físico y psicológicos, pero también el conocimiento de armas y la sociabilidad en bares y canchas deportivas. En el caso del alcohol, una práctica frecuente en la clase trabajadora, la dirección del PS sugirió que no debía ser en exceso, porque disminuía la capacidad de trabajo, embrutecía la voluntad, pero sobre todo: “el individuo es propenso a las infidencias y a la revelación de toda clase de secretos o planes; en su estado de conciencia, el deseo y

la necesidad de beber lo hacen fácilmente víctima del soborno, lo alientan a la traición o al soplónaje” (Partido Socialista, 1939, p. 12).

La disciplina fue fundamental en un partido heterogéneo, que desde su origen convivieron diferentes tendencias y formas de entender el “socialismo” (Goicovic, 2021). Esto se evidenció tempranamente con la formación de las milicias socialistas en 1934, las cuales se dieron en un contexto internacional y local de lucha en contra del naciismo criollo, pero también fueron una forma de control y disciplinamiento de la militancia, y el acallamiento de las divergencias, como ocurrió con los “inconformistas” en 1939. Estos terminaron formando el Partido Socialista de Trabajadores (PST) al año siguiente, luego que un miembro de las milicias asesinara al dirigente Pablo López Cáceres (Ercilla, 24 de abril de 1940, p. 4; Waiss, 1986, p. 75). Oscar Waiss, que emigrará al PST, recuerda como en el congreso del PS de diciembre de 1939, cada vez que querían plantear alguna discrepancia a la dirección de Grove y Schnake, se les amenazaba o “se hacía poner de pie a los delegados, puño en alto, para cantar la Marsellesa” (Waiss, 1986, p. 73). Una de las propuestas de dicho Congreso fue la creación de un decálogo sobre “la moral revolucionaria” para el disciplinamiento de sus militantes, los cuales debían demostrar ser “un elemento selecto, destacado en sus aspectos intelectual o moral ante las masas que lo rodea” (Partido Socialista, 1939, p.8). Aunque bastante ambiguos en la descripción de lo que se consideraba como “un hombre inmoral”, el decálogo atacaba a quienes sufrían de alcoholismo y practicaran los juegos de azar, ya que estos eran “profundamente perniciosos para la vida del Partido del militante, que pierde allí su temple revolucionario, se expone a traiciones, sobornos e infidencias y va embotando su inteligencia, voluntad y su espíritu clasista” (Partido Socialista, 1939, p. 16).

En el caso de Allende, este cumplía con varios de estos supuestos atributos “masculinos”. Además de médico, profesión de bastante prestigio en la sociedad, tenía el conocimiento militar al hacer el servicio obligatorio, pero además tenía dotes deportistas (equitación y boxeo) y oratorios. Sin ser un intelectual sobresaliente, manejaba la teoría marxista, pero a la vez participaba de las luchas callejeras de Valparaíso (Jorquera, 1990, p. 46). Capaz de defenderse frente a las agresiones, incluso batirse a duelo si era necesario, Allende se mostró fuerte y consecuente, sobre todo frente a la derecha (Labarca, 2008, p. 54). Su secretario, Osvaldo Puccio, recuerda el infortunio que pasaron con unos jóvenes dueños de fundo de Viña del Mar:

“Uno de ellos dijo al pasar que Allende había venido a pedir limosna a Escudero. Allende se dio vuelta, tomó al joven del pecho y le exigió que repitiera lo que había dicho. El muchacho era de buena figura y bastante fuerte, pero no logró hacer un movimiento en contra de Allende. Este lo tomó por los dos brazos en tal forma que tuvo que agacharse” (Puccio, 1985, p. 55).

Como ministro de Salubridad, Allende se cuadró con el decálogo de la Moral Revolucionaria, pidiendo: “AIRE Y SOL PARA LOS NIÑOS DE LOS TRABAJADORES. Vacaciones para obreros y obreras. Contra el tugurio, el prostíbulo y el juego: MONTAÑA Y MAR” (Consigna, 8 de octubre de 1939, p. 1). En lo privado, Allende, al igual que otros líderes socialistas, se mostró como un ejemplar padre de familia, aunque era *vox populi* sus infidelidades. Una reseña en plena campaña presidencial define que este “ofrece en su vida privada, la misma pureza y rectitud que en su vida pública... (...) En 1939 contrajo matrimonio con la profesora de Historia y Geografía, Hortensia Bussi, con quien ha constituido un hogar feliz, adornado por tres hijas; Carmen Paz, Beatriz e María Isabel” (Izquierda, N° 17, agosto de 1958, p. 7). En realidad, sus hijas no “adornaban el hogar”, sino eran

parte de la familia, pero también de la *militancia ampliada* socialista, de la participación de conversaciones de mesa, de movilizaciones y las extensas campañas políticas. Su hija Beatriz, médico y socialista, terminó trabajando estrechamente en la Presidencia, siendo fundamental para la conformación de la guardia de seguridad de Allende y las relaciones entre organizaciones revolucionarias latinoamericanas, sobre todo con el gobierno cubano, como lo plantea el último libro de Tanya Harmer (2020). Beatriz, como cercana a su padre, aceptaba la relación de éste con Miria Contreras Bell (*Paya*), incluso trabajaba con ella diariamente en la secretaría de la Presidencia de la República. Los fines de semana compartía con su padre en la casa de *Paya* en el Cañaveral, donde también llegan los dirigentes políticos más cercanos de Allende, menos los dirigentes comunistas que se sentían incómodos en ese ambiente (Labarca, 2014). “Cañaveral era la casa de *Paya*, uno de los amores paralelo de mi abuelo y la leal secretaria”, diría Maya Fernández, hija de Beatriz, en el documental *Allende, mi abuelo Allende*. Allí muestra un set de fotografías dónde aparece ella y Allende, muy tranquilo y feliz. Quizás por esa razón tenía pudor de exhibirlas a su familia (Tambutti, 2015). Según Isabel Allende, esta situación generó ella que tomara partido por Hortensia: “A diferencia de Tati, yo no era ni cómplice, ni amiga [*de Miria Contreras*] Yo quería al Chicho como padre, pero no contaba conmigo para esta otra fase. Para mí sólo existía Tomás Moro. Jamás habría ido el domingo a Cañaveral” (Caras, 5 de junio de 2015, p. 70).

Otra mujer que compartió los últimos meses con Allende fue Gloria Gaitán, hija del presidente colombiano Jorge Gaitán, asesinado en 1948. Entrevistada cincuenta años después, se emociona recordando como conoció a Allende, con 21 años, en la celebración del 26 de julio de 1959 en Cuba. Años más tarde, a fines de 1972, Allende la invitó a trabajar en la Oficina de Planificación (ODEPLAN). Viviendo en casas conseguidas por amigos de Allende, comienzan una relación amorosa que duró hasta el mismo golpe de Estado (Labarca, 2014).

“Todo el tiempo peleaban comunistas con socialistas, con el MIR- recuerda Gaitán desde Colombia-. Yo creo que su vida era muy tensionante. Tal vez, al estar conmigo no hablábamos de los conflictos chilenos... creo que era una especie de bálsamo, de descanso ante tanta tensión que tenía. Y conmigo se reía mucho, se relajaba y se separaba de esa situación tan angustiada que le tocó vivir” (Radio Bío Bío, 7 de septiembre de 2023).

Algunas veces a la semana visitaba Tomás Moro, donde Allende estaba separado de Hortensia Bussi. “La esposa de Allende a veces llegaba después de él, saludaba a todo mundo y se subía a sus habitaciones, sabiendo que yo me quedaba ahí, pero tenían una relación mutuamente respetuosa”. Allende quería prologar su vida en un hijo varón, porque sabía que “el golpe venía muy pronto (...) no permitiría jamás que lo sacaran vivo de La Moneda, ni tampoco exiliarse fuera de Chile. Yo le decía que vivo sería más importante para unir a la gente”. Ella le pedía que no se suicidara. “Me arrodillé y él no se movió, siguió de pie, no me respondió nada. Finalmente, Gloria Gaitán quedó embarazada, pero no alcanzó a comentárselo y lo perdió en Colombia después del golpe de Estado. “Entregó lo que más amaba, que era su vida, ese sacrificio tan enorme, fueron meses que él sabía que iba a morir” ” (Radio Bío Bío, 7 de septiembre de 2023). Víctor Pey, uno de los más cercanos a Allende, participaba de estas conversaciones y fue testigo de dicha relación, sin poner problemas ni prejuicios. Así lo admitió en el documental de Marcia Tambutti (2015): “Los afectos que tuvo con las mujeres los mantuvo, porque a las mujeres las amó, y las amó permanentemente. Y aquellas las cuales amó, siguió amándolas durante toda su vida”. En torno

a la posibilidad de un suicidio, coincide con Gloria Gaitán: “Él sabía que iba a morir, yo también sabía que iba a morir, en alguna vez habíamos hablado de eso, pero la violencia era muy grande, la polarización era tremenda (...) Yo tenía la idea clara de que él pensaba en su suicidio como una solución política” (Radio Bío Bío, 11 de diciembre de 2013).

Las infidelidades de Salvador Allende no fueron cuestionadas partidariamente, al menos no públicamente. Este elemento, al contrario de los comunistas, quedó fuera de discusión en las minutas de las mesas directivas. Estas prácticas, más que restar legitimidad, ¿aumentaban la validez de estos líderes? ¿El tener relaciones extramaritales los hacía “más hombres”? Así lo asevera la propia Carmen Lazo, quien se declaró una ferviente allendista toda su vida: “Que le gustaban todas las mujeres, es que a la mayoría de los hombres les gustan a las mujeres que son bonitas” (Biblioteca del Congreso Nacional, 2008). Las palabras de Lazo son importantes porque traslucen los tabús en torno a la compleja figura de Allende, su gusto a las mujeres y lo que significó la posibilidad que se haya suicidado. Tabúes no sólo en las filas socialistas sino en su propia familia.

Así lo grafica Marcia Tambutti, hija de Isabel Allende y Romilio Tambutti, en su documental *Allende, mi abuelo Allende*:

“A mi abuelo Allende lo conocí por afiches... para mí él era una imagen fija, nunca vi a nadie criticarle. Ni siquiera podría imaginarlo de cuerpo entero. Aunque mi familia se dedicó a difundir por el mundo la violación de los derechos humanos en Chile y el legado de mi abuelo, lo paradójico, es que, en nuestra intimidad, no hablaban de él” (Tambutti, 2015).

Debieron pasar más de treinta años para que la familia Allende conversará abiertamente de las contradicciones y el poderoso simbolismo de su *father*. Tambutti, que apenas recuerda sus años en el Chile de la Unidad Popular, vivió en Ciudad de México hasta el 2007, cuando volvió a su país natal. A partir de visitas a sus primos y primas se dio cuenta de lo generalizado de su percepción: “Tú no puedes ser familiar de una estatua... Mi familia casi no hablaba de él, era muy poco” (Radio Cooperativa, 7 de agosto de 2019). Así fue construyendo un mosaico de cómo su abuelo se había constituido en uno de los políticos más relevantes de la historia reciente, más allá del mártir y el estadista. Para sus camaradas más cercanos, Allende tenía un carisma especial, sobre todo en el momento de sus discursos públicos. “Chicho era querible, basta ver las caras de la gente y su cara, cuando está entre el pueblo, cómo lo quieren abrazar, tomar, besar, ¡amar!” (Tambutti, 2015). Así fue, en especial, en las campañas electorales, las cuales Allende realizó en cuatro oportunidades como candidato presidencial y seis veces para optar un escaño en el Congreso Nacional. Entrevistada por Patricio Guzmán, su hija Isabel recuerda el *Tren de la Victoria*, una gira de veinte días la cual recorrió desde Santiago a Puerto Montt en 1958.

“Yo era muy chica... Nuestro viaje duró como cuatro semanas, y cambió dos a tres veces de equipo. Y los que lo acompañaban estaban exhaustos, realmente estar desde la mañana hasta la noche, no daban más. Y él estaba fresco como una lechuga, una vitalidad fuera de lo común” (Guzmán, 2004).

Lo que no comenta Isabel Allende en aquella oportunidad, pero que sí lo hará diez años después, fueron las consecuencias familiares de aquellas campañas. “Más de alguna vez, en plena campaña [mi padre] quiso, poco menos, hipotecar la casa de Algarrobo para conseguir

más préstamos” (Tambutti, 2015). Las deudas y las ausencias provocaron que Hortensia Bussi le negara el apoyo a una nueva campaña presidencial en 1958. El día en que fue elegido candidato le habría dejado una carta, yéndose con sus hijas a la casa de Algarrobo. “Las campañas de Salvador eran caras y vivía en campaña, así que siempre faltaba dinero”, le confesó a su nieta meses antes de morir (Tambutti, 2015). La decisión de Bussi fue interpretada por algunos cercanos de Allende como símbolo de frivolidad o arribismo: en vez de apoyar a su marido decide irse con “las niñas” al balneario (Labarca, 2014, pp. 131-134).

Finalmente, el documental de Tambutti aborda las muertes que estremecieron a la familia Allende-Bussi: Salvador (1973), Beatriz (1977) y Laura (1981). Todas a causa del suicidio. Sobre Salvador Allende, su hija Isabel planteó: “Yo a veces le tengo rabia a tu abuelo, le echo la culpa a él también, pa’ que se mató, nos dejó aquí” (Tambutti, 2015). Sobre Beatriz continuó el silencio. Según Gonzalo Meza, hijo mayor de Isabel Allende, se enteró de su muerte por la radio. Ocurrida de diciembre de 1977, su madre partió de México a Cuba sin querer comentarle. “Son temas que curiosamente han sido un poco tabús en nuestra familia, porque son finalmente recuerdos tristes” (Tambutti, 2015). El hijo de Beatriz, Alejandro Fernández, ratificó el silencio frente a la muerte de su madre: “En el fondo lo jodido del suicidio es que no te deja opción de ayudar. Aunque era sumamente difícil, y hubo muy poca gente que se dio cuenta que Beatriz estaba enferma, que tenía una depresión clínica” (Tambutti, 2015). Una tragedia a la cual se sumó el suicidio cometido por Gonzalo Meza Allende en 2010 (El Mercurio, 17 de diciembre de 2010, Cuerpo C, p. 6). “Gonzalo había experimentado una vida difícil. Tenía epilepsia, tomaba pastillas, algunos de sus proyectos profesionales no prosperaban y había perdido a su pareja luego de luchar durante dos años contra una agresiva leucemia” (Caras, 5 de junio de 2015, p. 72). Sería el cuarto suicidio dentro de la familia Allende.

La importancia del documental de Tambutti es el intento de integrar la vida privada de Allende con su relevancia política, mostrando las contracciones y los esfuerzos por sostenerse diariamente como un líder, sin pausa ni descanso, agotándose finalmente por dentro. Su opción por quitarse la vida se puede explicar como un sacrificio político, mesiánico o también como resultado de la *masculinización de la política*, una pesada promesa que no le permitió imaginarse saliendo vivo de La Moneda. Ya sea por suicidio o asesinato, Allende decidió quedarse y encontrarse con la muerte porque no soportaba fallarle al “pueblo de Chile”, al mismo que había saludado horas antes y le había pedido que no se sacrificaran en vano, que las Alamedas se abrieran más temprano que tarde, aunque él no estaría vivo para percibirlo.

Conclusiones

En la actualidad, el suicidio es considerado una de las veinte causas de muerte a nivel mundial. Su crecimiento ha sido de un 6,7% entre 1990 y 2016, teniendo 15,6 muertes cada 100.000 personas en caso de los hombres y 7 muertes en el caso de las mujeres. En Chile, entre 1997-2001, de las 37.343 muertes causadas por suicidios, el 83% son ejercidas por hombres y 17% por mujeres (Vidal, et. al., 2021, p. 3). Otro estudio complementa las cifras, pero reafirma la tendencia: entre el 2000 y el 2010, el 83% de los suicidios en Chile eran efectuados por hombres (Nahuelpán y Varas, 2018). ¿Es el suicidio percibido por los hombres la única alternativa frente al fracaso o la debilidad producto de no poder resolver ciertas dificultades? ¿Es visto como una forma heroica de asumir esa responsabilidad? En el caso de Allende, hemos analizado como la idea de su muerte estuvo presente en los últimos meses, incluso implicando

un contenido político. Según Patricio Quiroga, Allende le pidió a Hernán Ramírez Necochea le hablase de sus investigaciones en torno a Balmaceda, el presidente liberal que se quitó la vida en medio de una guerra civil en 1891 (Quiroga, 2001, p. 141; Escobedo, 2021). ¿Por qué la alternativa de haberse suicidado fue inicialmente descartada por la familia de Allende y la militancia socialista?

En el presente artículo he analizado las causas de la muerte de Salvador Allende, sea como asesinato o como suicidio. Mi interés fue dar a conocer el debate en torno a este hecho político, sobre todo mediante las memorias de sus familiares, camaradas y testigos de aquel 11 de septiembre de 1973. Pero además me tuve que nutrir de las recientes investigaciones periodísticas, forenses e históricas que se han inclinado por una u otra alternativa. Independiente a las verdaderas intenciones de Allende y los actos que sucedieron aquel 11, me quise preguntar cómo influyó el contexto nacional, la represión y la necesidad de luchar contra la dictadura con el rechazo al suicidio. Finalmente propuse que, a partir de hecho tan dramático, se puede visualizar procesos como la formación de una militancia socialista, aunque estudios más profundos podrían darnos cuenta de que la masculinización de la política estuvo presente en gran parte de la izquierda en Chile. En esta ocasión me quise focalizar en los socialistas, percibiendo que estos ocuparon estas prácticas de género para legitimar el uso de poder de unos hombres por sobre otros.

Finalmente, percibí que en el relato en torno a las muertes de Allende operaron marcos sociales de memoria o tiempos de la memoria, es decir, que en la medida que han transcurrido procesos culturales, como el avance del movimiento feminista, van surgiendo o recepcionando nuevas voces o memorias silenciadas. En el caso de Allende, la mayoría de los testigos que estuvieron con él (los médicos Jirón, Soto y Quiroga), reconocieron ser testigos del suicidio solo en el 2003, a treinta años del golpe militar. Con los años posteriores, sin la necesidad de resguardar la “imagen” de Allende frente a una dictadura salvaje, fueron surgiendo nuevas narrativas en torno a las complejidades de la vida del exmandatario, planteando sus infidelidades y su relación más íntima con diversas mujeres. He tomado estos antecedentes no como meros datos anecdóticos o sacados fuera de contexto, sino porque constituyen parte fundamental de la reproducción de la vida y de la política. Serían su soporte y su espesor.

Bibliografía

- Álvarez, R. (2003). *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago: LOM ediciones.
- Álvarez, R. (2019). *Hijas e hijos de la Rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile en postdictadura (1999-2000)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Álvarez, M. (2017). *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*. Santiago: Pehuén Editores.
- Amorós, M. (2023). *Allende: biografía política, semblanza humana*. Santiago: Ediciones B.
- Asencios, D. (2016). *La ciudad acorralada. Jóvenes y Sendero Luminoso en Lima de los 80 y 90*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BBC (1973). *The day Democracy Died in Chile* [Emitido en diciembre de 1973].
- Benítez, H. (2009). *Las muertes de Allende. Insospechados detalles, incógnitas y enigmas de las*

- Últimas horas del Presidente*. Santiago: RIL.
- Biblioteca del Congreso Nacional (2008). Entrevista a Carmen Lazo realizada por Manuel Pérez Guiñez, formato audiovisual, junio de 2008.
 - Bitar, S. (2018). *Isla 10*. Santiago: Pehuén [Décima cuarta edición].
 - Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
 - Brescia, M. (2013). *Mi carne es bronce para la historia. Salvador Allende: la verdad de su muerte*. Santiago: Editorial Mare Nostrum.
 - Carnovale, V. (2018). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XX Editores. [Primera edición en 2011].
 - Connell, R. (2015). *Masculinities: The field of Knowledge*. En Horlacher, S. (Ed.) *Configuring masculinity in theory and literary practice*. Netherlands: Brill, 40-51.
 - Cosse, I. (2017). *Infidelidades: Moral, revolución y sexualidad en las organizaciones de la izquierda, armada en la Argentina de los años setenta*. En *Prácticas de Oficio*, vol. 1, N° 19, 1-21.
 - Cosse, I. (2019). *Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970)*. En *Revista Mexicana de Sociología*, N° 81, pp. 825-854.
 - Dellavale, M. (2021). *Redes y conexiones: también un lugar para las mujeres. El caso Leonilda Barrancos en Chile, 1938-1945*. En *Estudios Sociales*. N° 61. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
 - Del Pozo, J. (2017). *Allende: cómo su historia ha sido relatada. Un ensayo de historiografía ampliada*. Santiago: LOM Ediciones.
 - “Discurso de Beatriz Allende en Plaza de la Revolución”, La Habana, Cuba, 28 de septiembre de 1973.
 - Drake, P. (1992). *Socialismo y populismo Chile 1936- 1973*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
 - EITB (2017). “El lector de huesos: Salvador Allende”. Publicado el 11 de julio de 2017.
 - Espejo, P. (2020). *Allende inédito. Memorias desde la secretaria privada de La Moneda*. Santiago: Aguilar.
 - Faúndez, J. (1992). *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*. Santiago: Ediciones BAT.
 - Fernández, M. (2000). *Pobres, borrachos, violentos y libres. Notas para la reconstrucción de identidades masculinas populares del siglo XIX*. En: Olavarría, J. y Parrini, R. *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano- FASCO.
 - Fernández, M. (2003). *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920*. Santiago: DIBAM-Centro de Investigación Diego Barros Arana.
 - Ferrada, A. (2021). *El impacto de la Comisión de Verdad y Reconciliación en Chile. Evaluación a largo plazo desde una perspectiva histórica*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
 - González, I. (1988). *El día en que murió Allende*. Santiago: CESOC.
 - Grez, S. (2007). *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de la Idea en Chile 1893-1915*. Santiago: LOM Ediciones.
 - Goicovic, I. (2021). *Inestabilidad, conflictividad y violencia política, 1925-1941*. En *Revista Historia Caribe*, vol. 16, N° 39, 59-92.
 - Guzmán, P. (2004). *Allende* (documental, 99 min).
 - Harmer, T. (2020). *Beatriz Allende. A revolutionary life in Cold War Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

- Illanes, M. (2002). *La batalla de la memoria*. Santiago: Planeta. Reeditado en el 2023 por editorial Historiográfica.
- Illanes, M. (2019). *Movimiento en la tierra. Luchas campesinas, resistencia patronal y política social agraria. Chile, 1927-1947*. Santiago: LOM Ediciones.
- Inostroza, G. (2022). *Subjetividades rebeldes: Las trayectorias militantes de mujeres y conciencia feminista en Concepción y Santiago 1960-1980*. En *Revista de Historia*, vol. 2, N° 29, nov. 2022, 196-242.
- Jorquera, C. (2023). *El Chicho Allende*. Santiago: Fondo de Cultura Económica. [Primera edición en 1990].
- Labarca, M. (2008). *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración*. Santiago: CESOC.
- Labarca, E. (2014). *Salvador Allende: Biografía sentimental*. Santiago: Catalonia [primera edición, 2007].
- Lawner, M., Soto, H. y Schatan, J. [eds.] (2008). *Salvador Allende. Presencia en la ausencia*. Santiago: LOM Ediciones.
- La Serna, M. (2023). *Con las masas y las armas. Auge y caída de MRTA*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- La Serna, M. y Starn, O. (2021). *Ríos de Sangre. Auge y caída de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM Ediciones.
- Leibner, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas de Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Madrid, S., Valdés, T. y Celedón, R. (2020). *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género*. Santiago: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Mansuy, D. (2023). *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular*. Santiago: Taurus.
- Marchesi, A. (2019). *Hacer la Revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Marín, F. y Ravanal, L. (2023). *Allende. Autopsia de un crimen*. Santiago: Ceibo Ediciones. [primera edición, 2013].
- Martínez, J. (2023). *Salvador Allende: el hombre que abría las alamedas*. Santiago: Catalonia.
- Miano, I. (2023). *Cementerio Santa Inés como núcleo de resistencia por la memoria: el funeral del presidente Salvador Allende. Viña del Mar, 12 de septiembre de 1973*. En: *Notas Históricas y Geográficas, Número Especial, A 50 años de la Dictadura Militar*, 130-146.
- Moyano, C. (2010). *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile 1973-1990*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz, V. (2017). "Militancia, fracciones y juventud en el Partido Socialista Almeyda (1979-1990)". En: *Revista Izquierdas*, N° 37, 2017, pp. 226-260.
- Nahuelpán, E. y Varas, J. (2018). *El suicidio en Chile: Análisis del fenómeno desde los datos médicos legales. Periodo 2000-2010. Actualización datos periodo 2011-2017*. Santiago: Unidad de Estadísticas y Archivo Médico Legal.
- Oberti, A. (2015). *Las Revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- Partido Socialista (1939). *Sobre la moral revolucionaria*. Santiago: Seccional Providencial.
- Peller, M. (2023). *Afectos y militancia en la guerrilla del PRT-ERP*. Buenos Aires: Prometeo editorial.

- Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas: El PRT- ERP, la Guerrilla Marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pozzi, P. y Pérez, C. (2012). *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago: LOM Ediciones.
- Puccio, O. (1985). *Un Cuarto de Siglo con Allende*. Santiago: Editorial Emisión.
- Quiroga, P. (2001). *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*. Santiago: Aguilar.
- Rojas, M. (2023). (ed.) *El Partido Socialista de Chile durante la dictadura. Autocrítica, faccionalismo y renovación*. Valparaíso: América en Movimiento Ediciones.
- Rojas, L. (2011). *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y el FPMR (1973-1990)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Rojas, R. (1974). *Estos mataron a Allende. Reportaje a la masacre de un pueblo*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Rosas, P. (2022). *Del 'Pueblo en llamas' a la 'democracia cartucha'. Historia y subjetividad del proyecto político en el MAPU-Lautaro, 1982-2004*. Santiago: LOM Ediciones.
- Roseblatt, K. (2000). *Gendered compromises. Political cultures and the State in Chile 1920-1950*. North Caroline: University of North Caroline Press.
- Ruiz, O. (2015). *Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento Revolucionario de Chile (1965-1975)*. En *Revista Austral de Ciencias Sociales* (n° 28), 163-182.
- Salgado, A. (2016). *Exemplary Comrades: The public and private life of Communists in Twentieth-Century Chile*. New York: Columbia University.
- Sepúlveda, A. (2020). *La Unidad Popular. Los mil días de Salvador Allende y la vía chilena al socialismo*. Santiago: Sudamericana.
- Soto, O. (1999). *El último día de Salvador Allende*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones.
- Tambutti, M. (2015). *Allende mi abuelo Allende* (Documental, 98 min).
- Tinsman, H. (2018). *Rebel Coolies, Citizen Warriors, and Sworn Brothers: The Chinese Loyalty Oath and Alliance with Chile in the War of the Pacific*. En *Hispanic American Historical Review*, N° 98, vol. 3, Durham & London, 439-469.
- Ulianova, O. [editora] (2009). *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*. Santiago: Ariadna-USACH.
- Valdés, P. (2024). *La dimensión militar en el Partido Socialista de Chile durante la dictadura de Pinochet: Internacionalismo, lucha insurreccional y destacamentos armados (1979-1986)*. En *Revista Notas Históricas y Geográficas. Número Especial, a 50 años de la Dictadura Militar*, abril de 2024, 207-233.
- Valdés, T. y Olavarría, J. (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FACSO.
- Valdivia, V. (2003). *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980*. Santiago: LOM Ediciones.
- Valdivia, V. (2010). *Estamos en Guerra señores. El régimen militar de Pinochet y el pueblo, 1973-1980*. En *Historia*, N° 43, vol. 1, enero-junio de 2010, pp. 163-201.
- Valdivia, V. (2018). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Varas, F. (2010). *Pisadas en la arena*. Santiago: Sociedad Las Orcas.
- Venegas, D. (2022). *Revolución, sangre y lucha. Los primeros mártires del Partido Socialista de Chile en la época de las milicias (1933-1937)*. En *Encrucijada Americana*, vol. 14, N° 2, pp. 68-84.

- Veneros, D. (2003). *Allende*. Santiago: Sudamericana.
- Verdugo, P. (1998). *Interferencia Secreta. 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Vidal, C, et. al. (2021). *Cambios en la tendencia de mortalidad por suicidio en Chile, 1997-2018*. En *Salud Colectiva*, vol. 17.
- Vidaurrazaga, T. y Robles, J. (2021). *La muerte cotidiana. Militancia femenina y lucha armada en Chile, el MIR y el FPMR (1970-1990)*. En *Revista de Humanidades*, N° 43, pp. 173-210.
- Waiss, O. (1986). *Chile Vivo. Memorias de un socialista. 1928-1970*. Santiago: Centro de Estudios Salvador Allende.
- Winn, P., Stern, S., Lorenz, F. y Marchesi, A. (2014). *No haya mañana sin ayer. Batalla por la memoria histórica en el Cono Sur*. Santiago: LOM Ediciones.
- Witker, A. (1990). *Salvador Allende cercano*. Texcoco: Universidad Autónoma Chapingo.
- Young, K. (ed.) (2019). *Making the Revolution. Histories of the Latin American Left*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zerán, F. (2009). *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante*. Santiago: LOM Ediciones.
- Zúñiga, L. (1938). *El Partido Socialista en la política chilena*. Santiago: Cóndor.